

de vida y costumbres las virtudes más eminentes de que ella nos dió ejemplo¹. ¡Las más eminentes virtudes! ¡qué elevación de miras! ¡qué nobleza de propósitos! Luego no podéis limitaros á ser buenos como quiera, sino que debéis aspirar á ser perfectos por la imitación de la pureza inmaculada y virginal, de la humildad profundísima, de la ardentísima caridad y de todas las virtudes de la más santa de todas las criaturas. Bien se deja entender que tan generoso empeño es de pocos y escogidos, porque «*si muchos son los llamados á la vida cristiana, pocos son los escogidos para la perfección*»². Y vosotros, aunque otra cosa parezca, sois de ese número pequeño y escogido. Pero ¿cuándo fué grande el número de las almas esforzadas, de los pechos heroicos, capaces de realizar empresas de gigantes?

8. Sí, de gigantes en el orden moral, pues tales son los varones apostólicos; y vosotros, aunque jóvenes todavía, debéis llevar en vuestro espíritu pensamientos y aspiraciones de apóstoles, si, como me gozo en creerlo, anheláis llenar el ideal del congregante. *Militiam nosce*³. Tal es el tercero y más honroso de vuestros deberes, como soldados de Cristo en el bizarro escuadrón comandado por María, la Reina de las batallas. ¡Quién pudiera persuadiros de esta verdad con la eficacia que se merece! ¡Quién me diera hacer de todos los tiernos congregantes de Bogotá un ejército de intrépidos guerreros de la causa de Dios y de su Iglesia! *Reconoced la milicia* en que os habéis alistado: reconocedla, pero no para desmayar y retroceder un solo paso, sino más

¹ Reg. Congreg. B. V. M.

² Matth. 20, 16.

³ S. Chrysost. ubi supra.

bien para avanzar siempre más y más con el denuedo de los bravos. No lo dudéis, «el fin y el espíritu de la Congregación son apostólicos en su esencia y en todas las manifestaciones externas». Y el origen de este rasgo distintivo del congregante no debe buscarse en otra parte que en el carácter de la verdadera devoción á María. Porque María es aquella mujer cuya noble descendencia, según la primera página del Génesis¹, ha de sostener eterna lucha con Satanás y su reino de tinieblas. Y esta guerra aparece visible en la historia del mundo. Luchan aquí reino contra reino², sin que jamás hagan paces Cristo y Belial, ni puedan llegar á ningún avenimiento³. En el número de los hijos de María figuran como los primeros sus fieles congregantes, sus servidores predilectos; luego deben éstos, por el honor de su misma Madre y Reina, formar un cuerpo escogido que siga á todos los campos de batalla el estandarte real de la Iglesia católica, deben acudir veloces y resueltos á donde los llame la lucha entre la verdad y el error, la virtud y el vicio, la gracia y el pecado. Y, á la verdad, si todos los hijos de la Iglesia están obligados, en fuerza de la profesión de su bautismo, á tomar parte activa en esta lucha, donde la neutralidad es ya traición⁴; ¡cuánto más los congregantes, organizados, según el pacto celebrado con María, en cuerpo de voluntarios de la Iglesia militante⁵! Combatid, pues, las batallas del Señor: el campo está delante de vuestros ojos. La herejía, siempre antigua y siempre nueva, alzando siempre la cabeza de serpiente para morder el pie virginal de la Inmaculada Virgen,

¹ Gen. 3, 15.

² Matth. 24, 7.

³ 2 Cor. 6, 15.

⁴ Matth. 12, 30.

⁵ Löffler l. c.

inunda hoy, como en los siglos pasados, si no más, con torrentes de cieno todos los pueblos de la tierra. El error, no sólo anticristiano sino antifilosófico, disfrazado con careta de doctrina racional, ha invadido todas las avenidas de la vida pública y privada. La Iglesia lucha á brazo partido, pero necesita vuestra cooperación resuelta y animosa. Imitad á vuestros hermanos de otras partes: en el centro del error, en la moderna Alemania, los congregantes de hoy día juran en el acto de su admisión, la mano puesta sobre el Evangelio, defender la fe del concilio de Trento y del concilio Vaticano. Bajo la insignia del congregante late un corazón de apóstol¹.

II.

9. ¿Y creéis, amados congregantes, que os dejará María solos en la lucha? ¿no os asistirá con su presencia en el campo del combate? ¿no os escudará con su regia y maternal protección? ¡Ah! sin duda alguna; porque, si vosotros os lisonjeáis de cumplir vuestras promesas, ¿qué deberemos pensar de la fidelidad de la Virgen fidelísima en llenar los deberes que su amor le ha impuesto en beneficio de sus queridos congregantes? He aquí lo que hoy os corresponde meditar con la más viva satisfacción. Porque, en efecto, María *ama á los que la aman*²; y en prueba del amor con que distingue á los congregantes, acepta sus servicios, ayúdalos eficazmente en vida, y no los desampara en la hora tremenda de la muerte. ¿No son éstas las gracias que diariamente le pedís? Pues ella os las concede. Y en primer lugar ¡qué dignación! la Emperatriz de los

¹ Löffler l. c.² Prov. l. c.

cielos os recibe en el número de sus protegidos, que esto significa admitiros por sus perpetuos siervos. Un poderoso emperador del Sacro Romano Imperio tenía á mucha honra firmarse: Fernando Segundo, protegido de la Virgen: *Virgineus cliens*¹. Era congregante, y su nombre figuraba en las listas de todas las Congregaciones de sus dominios imperiales. ¡Oh! ¡si lo pensarais bien, ambiciosos de honras mundanas, idólatras de sus falsas grandezas! Servir á Dios y á María es mayor honra que ocupar el trono más encumbrado de la tierra. *Servire Deo regnare est.* ¿No lo será también servir á Aquella que tiene á su servicio á todas las criaturas?² ¡Dichosos, exclamaba la reina de Sabá, mirando á Salomón, ¡dichosos tus siervos que están siempre en tu presencia y oyen tu sabiduría!³ Y ¿no serán mil veces más felices los que María ha escogido para sus servidores, los que forman su familia y disfrutan de su maternal favor? Esos sois vosotros, amados congregantes: sabed apreciar vuestra felicidad. Un Conde Palatino de Alemania decía sin rodeos: «El título de Congregante de María es para mí de mayor estima que el de Príncipe del Sacro Imperio.» Estimadlo también vosotros más que todos los títulos, seguramente no tan pomposos, con que el mundo pudiera halagar vuestra loca vanidad.

10. Á esta predilección de María por vosotros corresponden innumerables gracias especiales que os servirán de auxilio poderoso en la carrera de la vida, así para llevar su ruda carga, como para salir airoso de todas sus dificultades. ¿No es ella la dispensadora providencial de los tesoros de la bondad divina? ¿No habéis oído repetir mil veces que todas las gracias han

¹ Löffler l. c.² Ps. 118, 91.³ 3 Reg. 10, 8.

de llegar á los hombres por mano de María? Tal es el sentir de los santos Doctores de la Iglesia. Oid por todos á San Bernardino de Sena: «No baja gracia alguna del cielo á la tierra, que no pase por manos de María.» Pues, si la Madre piadosísima de todos los hombres derrama en abundancia las gracias sobre justos y pecadores, no habiendo quien se esconda de su calor benéfico¹, ¿qué gracias tan copiosas y tan eficaces no tendrá reservadas la Señora para sus perpetuos siervos, la Abogada para sus devotos clientes, la Madre para sus hijos predilectos? ¡Dichoso y rico pueblo el de los congregantes! exclamaré con un piadoso apologista de la Congregación Mariana. Su mejor riqueza, después de todo, es el corazón maternal de María. La Congregación es su casa: allí no hay ningún desgraciado, ningún mendigo entra allí ni sale: todo allí es grande, todo rico, todo regio. ¡Oh! y ¡de cuántos auxilios espirituales está menesterosa vuestra vida! Una secreta voz, la voz del corazón os lo advierte con más elocuencia que cualquier otra palabra. Confíad empero en vuestra protectora, que ella os acompañará en la vida y no os abandonará en el trance peligroso de la muerte.

II. ¡Qué feliz es la muerte de los buenos congregantes! No sólo no los abandona su buena Madre en aquella hora de angustias y supremos peligros, sino que con sensibles favores y hasta con apariciones visibles los regala, los recrea, y diríase que, como madre cariñosa, les cierra los ojos, llevándose consigo sus almas al paraíso. Si queréis contemplar la muerte de los congregantes fieles á sus deberes hasta el último suspiro,

¹ Ps. 18, 7.

acercaos al lecho de agonía de uno de esos amabilísimos jóvenes, vuestros dechados y patronos, San Luis Gonzaga, San Juan Berchmans ó San Estanislao de Kostka. Al verlos morir tan dulcemente, no podréis menos de exclamar: *¡Qué preciosa es la muerte de los santos!*¹ Mas ¡á qué ir tan lejos, amados congregantes de Bogotá! ¡á qué subir tan alto, si tenemos ejemplos de muertes dichosísimas de congregantes, acaecidas en nuestros mismos días! Ayer no más, hace diez años, volaban al cielo en brazos de los ángeles, de quienes fueron dignos émulos, dos virtuosísimos y simpáticos mancebos de la familia Schemel, *Federico*, de veinte años, y *Arturo*, de sólo quince abriles.— Séame permitido poneros á la vista tan bellos dechados contemporáneos de pureza angelical y de sólida piedad adquiridas en la escuela de María. Federico da fin á su breve carrera en el Cairo, Arturo la termina en Beiruth, ambos rodeados de los consuelos de nuestra santa religión. De Arturo se dijo mirando su cadáver: «Es un ángel ¡qué bello! parece puesto en oración.» Las azucenas cubrían su féretro, y las flores de la poesía, regadas por sus maestros, adornaron su tumba. Federico, joven de brillantes cualidades, arrebatado en la flor de sus días, decía á su madre en los últimos momentos: «¡Qué bueno es Dios conmigo!» Parecióle ver en sueños tres gallardos jóvenes que venían á llevárselo: eran sin duda los tres santos patronos de la juventud, por él tan venerados. Á esta visión sucedió otra más dulce, la de una Señora vestida de blanco y deslumbrante de hermosura. «Mirad, madre, decía él, á esa Señora que está aquí. ¡Es hermosa, hermosísima!» Y, sus ojos

¹ Ps. 115, 15.

fijos en el cielo, parecían quedarse suspensos en éxtasis dulcísimo ¹.

12. Concluyamos. María ama á los que la aman. Amarla de veras es la suma felicidad, pues es amar á Jesús, es hallar la vida eterna. Permaneced fieles á su amor, á las promesas de vuestra consagración á su servicio. Ensanchad vuestros ideales, proponed hacer grandes cosas en obsequio de María y bajo la bandera de su Congregación. Conservad vivo su espíritu, ese espíritu que le ha dado tres siglos de gloria, y que os dará, por corona de vuestras buenas obras en el tiempo, una de gloria inmortal en la dichosa eternidad. Así sea.

SERMÓN SOBRE EL CULTO DE MARÍA

(predicado en la catedral de Medellín, Colombia, 1893).

La verdad, cimiento del culto de María.

Veritas Domini manet in æternum.

La verdad del Señor permanece por siempre jamás. Ps. 116, 2.

1. Un pueblo en masa agrupado con bello desorden ante el altar, donde, entre mil luces, brilla la imagen de María: la multitud agolpada en las puertas del templo, por no ser éste bastante espacioso para contenerla; y, dentro y fuera, millares de almas repletas de entusiasmo religioso sin otro motivo que la celebración periódica de su fiesta patronal... he aquí un espectáculo maravilloso en sí mismo, consolador, edificante, pero nada extraordinario en la católica ciudad

¹ Mensajero del Cor. de Jesús, de Colombia, año xv, abril de 1897.

de Medellín. Cada año se renueva en este mismo día; y ¡cuántos años han pasado desde que por primera vez se dió culto en este venerando templo á la soberana Reina, á la *Virgen de la Candelaria*, patrona excelsa de esta antigua villa, hoy ciudad capital del departamento de Antioquía ¹. Y, con todo, cada año nos causa la festividad de este día nuevos transportes de admiración y santo regocijo. ¿Por qué, mis amados oyentes? Porque los grandes fenómenos, ya sean del orden físico, ya del moral, no envejecen ni se vulgarizan jamás; menos aún los del orden religioso.

2. Bien pueden cambiar de mil maneras, en uno ú otro sentido, las circunstancias locales; la piedad no cambia, el fervor religioso no decae en esta tierra de arraigadas tradiciones católicas. Los años no ofrecen siempre la misma abundancia de recursos; la miseria, natural resultado de la pérdida de las cosechas, asoma á veces la demacrada faz con espanto de todas las clases de la sociedad; de todas partes salen gritos de alarma y voces quejumbrosas de lo apremiante y duro de la situación. Pero, en medio de todo, y á pesar de los pesares, el culto de María en su querido título de la Candelaria triunfa siempre de las dificultades, y se ostenta espléndido y magnífico, como en los mejores tiempos, dijérase por obra de milagro. Es sabido, cristianos, que la fe hace los mayores prodigios ²; y no menores, el amor. ¿Qué no hará, pues, para honrar á María, su patrona, la fe y el amor de todo un pueblo?

Más temible que la mala situación económica, el progreso denominado moderno por sus tendencias mani-

¹ Medellín, llamada la Villa de la Candelaria, fué fundada en 1674.

² Matth. 17, 19.